



Instrucción de Capítulo

“Nadie puede venir a mi si mi Padre que me ha enviado no lo atrae”¹

Santa María Eugenia de Jesús

18 junio 1886

Mis queridas hijas

Temo no expresar claramente lo que quisiera decirles hoy. Cada una de ustedes lo completará con sus propias reflexiones.

Leímos ayer este bello evangelio de San Juan que dice: *“Nadie puede venir a mi si mi Padre que me ha enviado no lo atrae”*.

Sobre todo, hemos leído esta magnífica homilía de San Agustín², del que he tomado algo para hablarles de la atracción del amor, que aumenta y perfecciona la libertad, no la destruye.

Quisiera detenerme hoy en otra palabra de esta homilía que explica cómo el Padre atrae al Hijo, porque es la revelación de la divinidad en Cristo, que nos atrae a él.

Si lo adoramos, si lo amamos, si le damos nuestra entrega, es porque vemos en El todas las perfecciones divinas y esas perfecciones nos atraen.

La fe es el fundamento del amor. Nuestra vida es una vida de fe, la fe es la base. Hay que renovarnos en ella sin cesar, crecer y fortalecer en nosotros todos los pensamientos, todos los sentimientos de la fe. Nunca tendremos suficiente fe.

Uno de los grandes efectos del Espíritu Santo es precisamente que ilumina nuestro espíritu, hace crecer nuestra fe. Por ello, la Iglesia nos invita a leer esta homilía de San Agustín en la octava de Pentecostés. Los tres grandes efectos del Espíritu Santo son la luz, el amor y la fuerza.

¹ Jn 6, 44

² San Agustín, comentario sur l'Évangile de Jean. Cette lecture est proposée par le bréviaire actuel pour le jeudi de la 28. semaine

Tenemos necesidad de luz y de amor para creer, según la palabra de san Pablo: *la fe del corazón obtiene la justicia*³. Es por el corazón que se cree. Necesitamos fuerza para producir obras de fe y de amor.

Todas las obras de la vida religiosa son obras de fe y de amor. Primero la obediencia: es por la fe a la Iglesia que las superiores, enfermas e imperfectas por ellas mismas, son, sin embargo, para nosotros, representantes de la autoridad divina, los órganos de su voluntad. Detrás de ellas vemos a Jesucristo. Es un acto de fe de los más difíciles.

En la Eucaristía no vemos a nuestro Señor. Pero al menos no vemos nada que repugne a su perfección, mientras que en nuestras superiores podemos ver cosas que repugnan a la perfección de Jesucristo. Por la fe sometemos nuestro espíritu, nuestra voluntad, vemos a Jesucristo y le obedecemos.

Del mismo modo, la regularidad es un acto de fe. Más que eso, es un acto de amor y de fortaleza. Es necesaria la fuerza para entregarse a cada instante al espíritu de la regularidad como sierva de Jesucristo, *teniendo los ojos sin cesar fijos en sus manos divinas*, como dice el salmo, y para hacer a cada instante, en todas las cosas, a cada hora, lo que está reglamentado, porque venos en ello la voluntad de Dios. Se necesita fuerza para esto.

La humildad, tan necesaria en la vida religiosa, es un acto de fe, de amor y de fortaleza. No es fácil dejarse totalmente de lado, no tenerse a uno mismo ni su propio honor en cuenta, aceptar ser tenido en nada, ponerse en el último lugar.

La naturaleza repugna, por ello es necesaria la fuerza. Es necesario también el amor, amar a Jesucristo para no amarse a sí mismo, como dice San Agustín hablando de las dos ciudades, *la ciudad del bien donde el amor de Dios lleva al olvido de sí, y la ciudad del mal donde el amor a sí lleva al olvido de Dios*⁴.

Habría otras consecuencias que sacar de estos principios. Lo dejo a sus meditaciones. Leyendo esta bella homilía de san Agustín sobre el Padre que revela al Hijo, busquen las fuerzas que necesitan para su vida interior. Siempre es la perspectiva de Dios en Jesucristo lo que anima nuestra vida.

En la santa hostia que recibimos, en todas las gracias tan abundantes que caen sobre nosotros, es a Dios al que hay que ver. Aquel que hace levantarse al paralítico, diciéndole *“levántate, toma tu camilla y ve a tu casa”*, éste es el Todopoderoso, Él puede defendernos contra nuestros enemigos y contra nosotros mismos. Él está allí con la plenitud de su fuerza, de su amor y su misericordia, siempre listo a ayudarnos, sostenernos, elevarnos, santificarnos.

Hay mucho que pedir al Espíritu Santo, por ello la Iglesia pone seguido en nuestros labios estas palabras: *Ven Espíritu Santo*.

Que él nos dé un espíritu nuevo y una fe nueva, este Espíritu creador y vivificador. Que Él nos haga capaces de todas las obras de perfección religiosa y de santidad.

³ Rm 10, 10

⁴ Cf. La ciudad de Dios XIV, 28.

